

enemigo, sean de la clase y graduacion que fueren, serán pasados por las armas, como traidores á su legitimo soberano.

»Art. 2.º Se colocará desde luego en cada uno de los batallones el emblema y la inscripcion *Victoria ó Muerte*, como el único blanco á que aspira el ejército que está á mis órdenes, cuya insignia perseverará hasta que el enemigo reclame por convenio la concesion de cuartel.

»Art. 3.º Siendo muy repetidas las pruebas de adhesion á la justa causa que desde las filas enemigas presentan muchos de los que cuentan y viendo al mismo tiempo la imposibilidad de que algunos de estos abandonen inmediatamente las banderas de la rebelion por la mucha vigilancia de sus jefes, en virtud de las facultades con que me hallo autorizado por el gobierno, y con arreglo á sus benéficas intenciones, no solo acogeré como hasta ahora á todos los que se me presenten, sino que además los distinguiré segun sus méritos y servicios prestados.

»Art. 4.º No solo dejo en su fuerza y vigor mis circulares relativas al rigoroso bloqueo de las plazas y puntos fortificados por el enemigo, sino que encargo la mas exacta observancia.

»Art. 5.º Los alcaldes, regidores y demás miembros de justicia que circulen las órdenes del gobierno revolucionario serán pasados por las armas y lo mismo cuantos hablen y sostengan por escrito la rebelion.

»Art. 6.º Los conductores de los pliegos que contengan las indicadas órdenes, sean estas manuscritas ó impresas, siendo contrarias al Rey nuestro señor, serán en el acto pasados por las armas. Las justicias apenas recibirán dichas órdenes deberán quemarlas, y en caso de retenerlas sufrirán pena de muerte.

»Art. 7.º Se declaran traidores los alcaldes y demás individuos que dieran parte al enemigo del movimiento de las tropas leales, y como tales serán pasados por las armas.

»Art. 8.º Los alcaldes y cualesquiera otras personas denegarán al rebelde Lorenzo las noticias y listas de los voluntarios que les exige en el art. 7.º del citado bando y los contraventores serán pasados por las armas. Y á fin de que nadie pueda alegar ignorancia, ordeno y mando que este bando se publique y fije en las ciudades, villas y lugares de este reino, remitiéndose al efecto los ejemplares necesarios, cuyo recibo se acusará por la respectiva justicia, y á mayor abundamiento se introduzcan y diseminen en los puntos dominados por la tropa enemiga. Cuartel general de Lecumberri, 1.º de noviembre de 1834.—*Tomás de Zumalacárregui.*»

## LIBRO SEGUNDO

### LA REVOLUCION Y LA GUERRA GASTAN EL PRESTIGIO DE LA GOBERNADORA

#### CAPITULO PRIMERO

##### Decadencia del régimen del Estatuto

Dobles intrigas ministeriales y opositorias.—El 18 de enero de 1835.—Asalto y toma del principal.—Muerte dada al capitán general de Madrid.—Capitulacion y triunfo de los sublevados.—Consecuencias de la jornada de 18 de enero.

El año cuyo cuadro histórico acabamos de bosquejar, habia elaborado en su seno lo que pudiera llamarse el feto del año que iba á sucederle, apreciacion que no podrá ser calificada de ligera por los hombres reflexivos, que no podrán menos de reconocer en el índole de los sucesos de que vamos á dar cuenta las consecuencias lógicas del choque de encontrados elementos que produjeron la colision de pasiones y de intereses que vamos á ver irse sucesiva y rápidamente desenvolviendo. El general Zarco del Valle habia abandonado el ministerio de la Guerra, puesto para el que tan competente lo hacian su experiencia y su vasta erudicion militar. Retrocedió

#### DOCUMENTO NUM. II

##### PARTE DE CÓRDOVA INTERCEPTADO POR ZUMALACÁRREGUI

«Número 11: Excmo. Sr: El brigadier Oraá que partió ayer segun y para lo que dije á V. E. regresó á pernóctar á Sordada, por haber llegado al oscurecer al puente de Arquijas, de donde descubrió los vivaques del enemigo en la barranca de Santa Cruz; la cual le ofrece en todos conceptos muchas ventajas para reorganizar sus cuerpos y reunir su gente. Le he mandado permanecer en Sordada. El convoy de heridos ha salido con Gurrea este mediodía para Viana y Logroño, de suerte que mañana prosigo mis operaciones, y espero atacar y batir de nuevo al enemigo. Escribo al general Manso para que Bedoya venga á la Ribera á cooperar á mis operaciones siendo completamente nula aquella fuerza en las Riojas; y tambien al comandante general de las provincias, para que juntos Latre y Jáuregui que no tienen ocupacion importante, se reúnan y maniobren por la parte de Salvatierra; pero no cuento con el éxito de estas invitaciones, y mientras nuestras fuerzas no trabajen simultáneamente, los resultados no serán, aunque sean felices, tan decisivos y completos como podrian ser para la conclusion de la guerra.

Me faltan jefes inteligentes y decididos en todas partes: este es el mayor obstáculo para la subdivision de fuerza. Los que hay son como son: los que necesito no tengo donde tomarlos. Ha empezado á nevar. El enemigo seguia hasta esta mañana en la barranca de Santa Cruz.

Los coroneles Aranguren y L'Espinace, y el teniente coronel de caballería Lamidor con otros oficiales facciosos quedaron en el campo de batalla: otros dos jefes fueron retirados muy mal heridos.

Espero que mañana ó pasado hemos de dar otro día de gloria para nuestras armas, pero no puedo dejar de hacer presente á V. E. que la estacion y las fatigas han agravado mis achaques habituales; necesito algunos días de descanso del que absolutamente carezco hace tres días. Sin él no tardaria en quedarme en cualquier fuerte.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Los Arcos 14 de diciembre de 1834, á las dos de la tarde.—Excmo. Sr.—Luis Fernandez de Córdoba.—Excmo. Sr. general en jefe del ejército de operaciones.»

aquel digno jefe ante la dificultad de hacer frente con suficientes medios á las perspectivas de disgustos y menoscabos que no podrian menos de seguirse de la insuficiencia de tropas veteranas para sofocar la guerra civil que ardia en una buena parte de las provincias del reino; al mismo tiempo que el claro juicio del general se alarmaba en presencia de la desunion ya latente en las filas del partido reformador.

En reemplazo de Zarco del Valle fué llamado el capitán general de Cataluña don Manuel Llauder, el que segun han podido observar los lectores, habia desplegado en aquel mando gran actividad y un celo en defensa de la causa de la Reina, que hacia en gran parte olvidar los servicios que al absolutismo tenia prestados. Pero aunque nombrado en los primeros días de noviembre del año anterior, no se presentó Llauder en Madrid hasta mediados de diciembre.

Muy pronto hizo ver el nuevo ministro que abrigaba altas aspiraciones. No se equivocaba en creer que la situacion del gabinete era débil, y que el estado de los negocios públicos, y sobre todo el que presentaba la guerra, requerian una

unidad de miras y un vigor que no conceptuó hallar en sus compañeros, toda vez que no tardaron en suscitarse celos y rivalidades entre ellos de que tambien se hicieron eco los periódicos considerados como órganos de la mayoría del gabinete. El género de supremacía á que Llauder aspiraba requería otros antecedentes y un concepto liberal mas pronunciado que el de que gozaba el nuevo ministro de la Guerra, el cual, si bien habia logrado inspirar confianza á los catalanes, no se la infundia á los antiguos constitucionales ni á las influencias imperantes en la opinion.

De este estado de cosas surgió una doble corriente de proyectos y de planes, alimentados por el propósito del ministro de la Guerra de supeditar á su accion la de sus compañeros y por parte de estos por el deseo de deshacerse de un competidor. No tardaron los liberales avanzados que minaban la existencia del gabinete en utilizar las disposiciones de su mayoría contra el ministro de la Guerra, sirviéndose al efecto de la excitacion de que este era objeto, para allegar elementos con los que brindaron á los rivales de Llauder, pero que en realidad se dirigian á dar al traste con la situacion.

No tardaron en ponerse de acuerdo los que á este fin caminaban, fraguando la conspiracion que debia coronar sus trabajos. Para su éxito podian contar con la cooperacion tácita ó material de los descontentos del régimen del Estatuto, que á todo trance aspiraban á sustituirlo con un estado de cosas mas francamente liberal. En el precedente libro queda consignado, que contrariamente á lo que el gobierno se habia propuesto, la creacion de la milicia urbana en vez de haber sido, á imitacion de la planteada en Francia por Luis Felipe, un elemento conservador, habia engrosado sus filas con lo mas ardiente de las agrupaciones liberales y constituía para el gabinete, no ya un apoyo, sino un embarazo que no tardó en degenerar en peligro.

Seguros los conspiradores de hallar calor y arrimo en personajes de importancia, que aunque no daban la cara al movimiento, se comprometian á cooperar á su éxito en cuanto hubiese adquirido forma y concertado medios de ejecucion, avanzaron á mas, considerando llegado el momento de lanzarse á la accion. El móvil que buscaban no tardó en presentarseles en la persona de un oficial subalterno, cuya carencia de posicion ostensible compensaba en demasía su resolucion y la energía de su carácter. Don Cayetano Cardero, ayudante del regimiento de Aragon, fué el *Deus ex machina* dispuesto á aplicar la mecha que debia producir la explosion.

Quedó acordado entre los conspiradores que el plan concertado se llevaria á efecto en la madrugada del próximo día festivo, para mejor ejecutarlo á hora en que las calles no estuviesen muy concurridas y pudieran verse mas libres de curiosos los encargados de la ejecucion. En su consecuencia quedó convenido, que la fuerza del regimiento de Aragon que se comprometió Cardero á sacar del cuartel, se presentaría á la hora señalada en la Puerta del Sol, ínterin una compañía de otro cuerpo que habia entrado en el plan se dirigiria á casa del capitán general Canterac, á quien se constituiria en arresto, guardándole sin embargo toda clase de consideraciones, no siendo otro el objeto de esta medida que el de impedir que comunicase órdenes á los demás cuerpos de la guarnicion. Un destacamento de urbanos engrosado por paisanos en armas debia unirse á dicha compañía. Otro grupo igualmente de paisanos y de urbanos debia marchar á las casas de los ministros para conducirlos arrestados al principal. La fuerza sacada por Cardero se apoderaria de este edificio, ocupando la Puerta del Sol, y acto continuo, las campanas de las iglesias debian ser echadas á vuelo, juntamente con el toque de generala que, alarmando á la poblacion, haria acudir á las autoridades, cuyas órdenes no pudiendo ser ejecutadas, asegurarían la inacion de las tropas que no habian sido ganadas en favor del movimiento. Cordones de paisanos estacionados desde la Puerta del Sol hasta los puntos estratégicos ocupados por los conjurados, les servirían de línea telegráfica. Contaban los últimos con la cooperacion de jefes y oficiales de la milicia urbana, los que debiendo acudir á los puntos designados favorecerían el pronunciamiento de las masas populares dispuestas á secundar la revolucion.

Conseguido el arresto de las autoridades, un grueso grupo de paisanaje, se dirigiria á la plaza de Oriente, y allí se designaría la comision que debia presentarse en palacio á suplicar reverentemente á S. M. que se dignase sancionar las peticiones elevadas al trono por el Estamento de Procuradores, al mismo tiempo que pediría la exoneracion de los ministros que se sabia ser contrarios á que S. M. hubiese sancionado las antedichas peticiones, debiendo coronar la obra la presentacion de una candidatura para la formacion de un nuevo ministerio y la expedicion de un decreto que llamase á las armas á todos los españoles, para que merced á este supremo esfuerzo se consiguiese poner término á la guerra civil. Conseguido que todo esto hubiese sido, las tropas pronunciadas volverían á sus cuarteles, quedando en el principal hasta el día siguiente la mitad de la fuerza sacada por Cardero, al mismo tiempo que medio batallon de cada uno de los de la milicia permanecerían en los puntos que hubiesen ocupado durante el movimiento. El general Quiroga era el designado para la capitania general de Castilla la Nueva. Los ministros y Canterac deberían salir desterrados.

Tal era el plan de la insurreccion que debia estallar y estalló en efecto con las modificaciones que mas adelante veremos y en cuya sumaria exposicion, hemos hasta aquí seguido los prolijos datos de que abunda la frecuentemente citada *Historia de la guerra civil*.

Al lado de esta conspiracion liberal se tramaba otra inspirada por los compañeros de Llauder, secundada por la prensa amiga de estos, y favorecida, aunque no abiertamente, por la complacencia del general Quesada, comandante general de la Guardia Real y rival del ministro de la Guerra. Mas, como antes queda indicado, los fraguadores del movimiento en sentido mas pronunciado, apercebidos de los manejos ministeriales, fingieron unirse á ellos para mejor llevar á cabo sus propias miras, y aprovechándose de estar en el secreto de sus aliados aparentes y adversarios en realidad, resolvieron salirles al encuentro, como en efecto consiguieron realizarlo en una última reunion á la que asistió Cardero y á la que supo este comunicar el ardor y resolucion que á él mismo lo animaban.—«Convengamos, les dijo, en llevar á efecto nuestro plan el mismo día y á la misma hora que para el suyo han señalado los moderados; mostremos nuestro deseo de apoyar su proyecto; presentemos en lugar de los grupos auxiliares que les hemos ofrecido, grandes masas populares; que los urbanos que hasta ahora se han resistido á tomar parte activa arrastren á sus demás compañeros de la milicia y habremos conseguido el triunfo.»

Electrizados por esta apasionada alocucion, y siguiendo sus inspiraciones, aplazaron los congregados hasta el siguiente día el definitivo acuerdo. Tuvose en efecto la nueva junta, á la que no asistió un personaje de mucha cuenta temeroso de comprometerse demasiado; ni á la que tampoco asistió el general don Antonio Quiroga, aunque participó que se adhería á lo que la mayoría resolviese y que él ratificaba, asegurando que se contase con su cooperacion para todo. Bastó esta última seguridad para que no se alterase la designacion hecha de la persona de Quiroga para la capitania general, reservándose para el general Palarea el gobierno militar de Madrid, si bien se le exigía que se pusiese al frente de la milicia urbana.

Separáronse á seguida los conjurados á hora bastante avanzada de la noche, quedando citados para la madrugada del día siguiente.

En nada indicaba el aspecto exterior de la capital la proximidad de un movimiento. No era sin embargo un secreto que la autoridad no hubiese penetrado el de que para el día siguiente se tramaba algo. De ello dió conocimiento á Llauder en la tarde del 17 el superintendente general de policía marqués de Viluma, quien sin embargo daba escasa importancia al asunto, contentándose con indicar que bastaría avisar al Capitán general, para que estuviese á la mira, advertencia que surtió su efecto, toda vez que Canterac se avistó con el superintendente aquella misma tarde.

La Reina Gobernadora debia asistir por la noche á una funcion en el Conservatorio de música, acto al que la acompañaron los ministros, pero que solo presenció Llauder, hasta las



doce de la noche, á cuya hora se trasladó á su secretaria retirándose mas tarde de ella, sin tener conocimiento de que la anunciada manifestacion popular habia anticipado la hora en que debia verificarse, circunstancia que no ignoraba el capitán general.

Pero ninguna de dichas autoridades, como queda dicho, daba importancia á la insurreccion que la policia creia poder dominar sin dificultad.

Desde la víspera tenia concertado Cardero, con varios oficiales de su regimiento, que á las cinco de la siguiente mañana estaria en el cuartel para sacar de él la fuerza disponible, de cuyo mando se encargaba á invitacion de los oficiales sus compañeros y cediendo á las instancias de los sargentos primeros de las compañías. Antes de retirarse á su alojamiento situó Cardero en el cuartel al subteniente Rueda, hombre de toda su confianza, dejándole el encargo de participarle cualquier novedad que ocurriese.

Bien entrada la noche y recogido ya Cardero, recibió órden de presentarse inmediatamente en casa de su coronel, mandato al que obedeció con el recelo que es de suponer, pero que dispuso el tono en que le habló su jefe, manifestándole que se habia descubierto una gran conspiracion contra los ministros y que en su vista y á efecto de prevenir lo que de ella pudiera originarse, le encargaba la ejecucion de la siguiente órden: «A las cuatro de la mañana, decia esta, se hallarán cinco patrullas compuestas de un oficial, un sargento y treinta hombres, las cuales deberán situarse en los puntos que á continuacion se señalan, é impedir todo desórden y reunion de gente en grupos; y caso de haber novedad, dará inmediatamente parte al capitán general, y dado caso de no haberla, retirarse al cuartel, cuando sean las siete de la mañana. De su regreso darán parte al capitán de prevencion, para que este me lo comunique.» Terminada la órden del coronel con la designacion de los puntos que debian ocupar las patrullas y dando los nombres de los oficiales que destinaba á mandarlas. El jefe que dictaba estas disposiciones, manifestó impulso de ir en persona al cuartel para vigilar su cumplimiento, pero disuadió de ello Cardero, mostrándose dispuesto á evitar molestias á su coronel á quien aseguró que no se moveria del cuartel hasta que hubiesen salido las patrullas. Naturalmente inquieto de la responsabilidad que sobre él pesaba corrió Cardero á casa de los principales de sus compañeros de conjuracion, mas no encontrando á ninguno, fuese seguidamente al cuartel, donde halló de vigilante á Rueda, y sin perder momento hizo llamar á los sargentos primeros y prevenir á los oficiales comprometidos, la urgencia de que se presentasen en el cuartel. Habló á los sargentos con la decision y energía de un hombre que á todo se hallaba resuelto, excitó el patriotismo de sus oyentes, revelándoles que el gobierno tenia el hilo de la trama; que habia perjuros que lo habian informado del día y de la hora del movimiento, y que si no se apresuraban á anticiparlo, se verian en el duro trance de tener que hacer armas contra la manifestacion popular. «En semejante conflicto, añadió, no nos queda otra alternativa que la de llevar á cabo ahora mismo nuestra empresa, á menos que no se consideren ustedes fuera de compromiso en vista de la novedad que acabo de participarles, lo que espero de su patriotismo me lo manifiesten con franqueza.»

Los interpelados contestaron unánimemente que seguirian á su ayudante *hasta la muerte*. Resueltamente sostenido Cardero por el alférez Rueda y creciendo su emocion á medida que se aproximaba el momento de obrar, añadió á manera de epílogo: «Mientras mayores son los peligros mayor es la gloria en cumplir la palabra que hemos empeñado. Si el gobierno trata de contener la revolucion, hagámosle ver que ni sus disposiciones ni la muerte nos arredran: ¿qué dirian los patriotas, si creidos en nuestras promesas, vieran que no solo faltamos á ellas, sino que nos prestamos á ser opresores de nuestros hermanos oponiéndonos á un pronunciamiento que va á derrotar al ministerio y á destruir los abusos y desgracias que su mando acarrea? Tamaña afrenta no la podria yo sufrir sin degradarme, y puesto que la casualidad nos favorece, teniendo yo que dar cumplimiento á la órden del poder, sirvan sus mismas providencias á nuestro plan y evitaremos

que haya víctimas. Tiempo es ya de romper el dique de tanto sufrimiento; seamos dignos hijos de la patria, que nos bendecirá cuando la hayamos salvado. ¡A las armas! Formen ustedes las compañías dentro de sus cuadros respectivas; hablen á los demás sargentos y cabos y vengan despues á tomar mis órdenes.»

Hallábase Cardero revistando y animando á los soldados en sus dormitorios, cuando recibió aviso de que el jefe de la plana mayor del distrito se hallaba á la puerta del cuartel y preguntaba por el ayudante. Corrió este al encuentro del superior que lo llamaba y que iba á saber si las patrullas estaban prontas á salir, pues debia dar parte al Capitán general de que su órden se hallaba cumplida. Sin desconcertarse satisfizo Cardero diciendo que todo estaba pronto, que para poner las patrullas en movimiento solo esperaba la llegada de los oficiales que vivian lejos, pero que si tardaban, él y el subteniente Rueda ocuparian sus puestos. Tranquilizado por esta respuesta el jefe no se apeó de su caballo y fué á dar cuenta al Capitán general de que sus órdenes se hallaban del todo cumplidas.

No avisó Cardero, porque no eran de su confianza, á los oficiales designados por el coronel para el servicio que habia dispuesto; reemplazólos por sargentos, á los que dió el santo y seña con las instrucciones que el caso requeria, y dispuso que saliesen las patrullas del cuartel á sus respectivos puntos, pero con órden terminante de que al oír la primera campanada de las seis, marchasen á la Puerta del Sol á reunirse con su ayudante y con Rueda, que de antemano estarian en el Principal. Otro grave inconveniente tuvo que salvar la inventiva y la sangre fria de Cardero antes de ver realizada la primera parte de su propósito. El capitán de guardia extrañó que la fuerza puesta en movimiento excediese á la que podia reclamar el servicio á que estaba destinada, y manifestó esérpulos de dejarla salir; nuevo apuro que conjuró el audaz ayudante exhibiendo una órden del coronel que lo autorizaba á aumentar la fuerza de las patrullas. A la cabeza de estas fué á situarse en la calle del Escorial donde mandó cargar los fusiles, dando órden de retener, pero sin violencia, á los transeuntes que pudiesen presentarse y extrañar la estancia de la tropa en aquel paraje. Despidióse entonces de su gente dejando prevenido que si oían las cinco y media sin verlo comparecer, marchasen al Principal, aproximándose despacio y con cautela hasta saber que él y el alférez Rueda habian dado en aquel punto el golpe que tenian meditado.

Ya en marcha para la Puerta del Sol, tuvo Cardero una inspiracion que lo salvó del mayor de los escollos en que pudo haber fracasado su atrevido plan.

Ocurriósele dar vista á la casa del coronel, y al aproximarse á ella tropezó con un soldado que llevaba á aquel un parte del capitán de prevencion dando cuenta del exceso de fuerza que creia habia sacado Cardero. Adivinando este lo que el parte podia contener, cogiólo de manos del soldado, diciéndole que él mismo lo entregaria. Y cual si el destino fuese aquella noche cómplice de la audaz tentativa de Cardero, momentos despues, encontró á otro soldado, que de órden del Capitán general iba á llamar al coronel del 2.º de ligeros. Prevaliéndose de su carácter de ayudante del cuerpo mandó al soldado volver á su cuartel, encargándose él mismo de llevar el mensaje al Capitán general, á cuya casa se dirigió en efecto y admitido al momento á su presencia, le manifestó estaban cumplidas sus órdenes, pues habiendo encontrado al ordenanza que iba á llamar al coronel, habia ido él mismo á buscarlo, y que no habiéndolo encontrado por hallarse aquel recorriendo los puestos, venia á ponerse á las órdenes del general por si tenia algo urgente que ordenarle. Enteramente satisfecho Canterac del celo que Cardero ostentaba y de las contestaciones que le dió, díjole que tenia entera confianza en su regimiento, el que recibiria pruebas de la real munificencia, pues se preparaba un triunfo para las armas leales con el que los revolucionarios recibirian una dura leccion y el gobierno quedaria desembarazado de las asechanzas de los anarquistas, terminando su plática el general previniendo á Cardero hiciese que se reuniesen los oficiales francos de servicio, que pusiese la tropa sobre las armas y esperase sus órdenes.

El ayudante, alma del movimiento, invirtió el resto de la noche en buscar á los principales conjurados, y al oír el toque de las cinco y media de la mañana hizo poner en libertad á los transeuntes detenidos en la calle del Escorial y voló presuroso al Principal. Llegado cerca de la Puerta del Sol, hizo alto el peloton que conducia Cardero, interin Rueda, que iba á la cabeza de otra patrulla, rendia el santo y seña que le fueron tomados con escrupulosidad, hallándose prevenido el comandante de la guardia de que viviese sobre aviso. Asegurado que húbese el último de que la fuerza recién llegada pertenecia al servicio de la plaza, mandó arrimar las armas á su gente y concedió permiso á Rueda para que con la suya penetrase en el patio de correos. Cardero, que vigilaba de cerca los incidentes de la primera escena del drama que iba á representarse, penetró rápidamente en el edificio, interponiéndose con sus soldados entre las armas y los individuos de la guardia prontos á empuñarlas de nuevo.

Supeditada de este modo la accion del puesto que guardaba el Principal, fueron desarmados sus oficiales y encerrados en un cuarto, al mismo tiempo que la tropa lo fué en el cuerpo de guardia. Relevó en seguida Cardero á los centinelas, puso otros suyos y colocó piquetes en los puntos estratégicos vecinos á la Casa de Correos. Al toque de la última campanada de las seis tenia ya reunida el protagonista de la jornada, la fuerza total que habia sacado del cuartel, compuesta de setecientas y treinta plazas. Pidió y obtuvo que le fuesen franqueadas todas las habitaciones del edificio, en las que colocó tiradores, y formado el resto de la fuerza en el patio, la arengó con fuego conminándolos con el respeto de la propiedad, pues un papel que viniese á faltar lo decidiria á quitarse la vida, que ambicionaba sacrificar, solo en defensa de la libertad y de la Reina.

Iban en el entre tanto llegando al Principal empleados de policia que requerian fuerza para efectuar prisiones, los que al verse detenidos y presos por tropas que creian fieles al Gobierno, se deshacian en recriminaciones contra los revolucionarios atribuyendo á una equivocacion el vejámen que sufrían. Presentóse tambien el jefe de estado mayor á quien cupo igual suerte. A poco llegó el grupo de paisanos encargado de ir á casa del Capitán general y operar su arresto, disculpándose de no haberlo efectuado por no haber comparecido el jefe que debia mandarlos, el cual se presentó momentos despues quejándose de no haber hallado la gente en su puesto. A todos ellos despidió Cardero exhortándoles á que diesen cumplido su cometido, tomando ejemplo de lo que él habia hecho. Multitud de milicianos acudieron tambien al Principal y fueron igualmente enviados por Cardero á los puntos que les estaban designados, no queriendo guardar en el Principal sino sus propios soldados.

Interin esto pasaba en la Casa de Correos, llegó el capitán general solo y animado de una cólera fácil de comprender al hallarse con que habia sido víctima de un engaño. Procuró Cardero calmarlo con buenas palabras, dándole explicaciones que el pondonoroso general no podia admitir, exacerbándose al contrario, su irritable temperamento, hasta el punto de dar á Cardero un golpe en el pecho con el puño de su baston, entregándose del mismo modo á vías de hecho contra el teniente coronel de Aragon que se habia asociado al movimiento. En aquel momento presentóse un ordenanza de coraceros á quien en alta voz mandó Canterac que á todo escape fuese al cuartel y previniere de su órden al coronel viniera al instante con todo su regimiento, mensaje que no pudo llevar el soldado arrestado instantáneamente á la vista del general.

No conoció límites la irritacion de Canterac en presencia de tan repetidos actos de indisciplina, y precipitándose sobre Cardero le desvainó el sable y blandiéndolo con resolucion y enojo, se dirigió á una compañía formada á pocos pasos de distancia excitándola á que desobedeciese á sus oficiales.

Hasta aquí hemos seguido sin descartarlos los pormenores relativos á la presentacion de Canterac en la Casa de Correos, tales como los refiere el conocido autor de la *Historia de la Guerra civil*; pero al llegar á la escena en que aquel describe la violenta muerte dada á Canterac en los momentos en que exaltado por el sentimiento de su deber, empleaba los últimos

esfuerzos de su energía para traer á los soldados á la obediencia, un deber de imparcialidad y de bien entendido criterio nos impele á descartar la version del acreditado autor, segun la cual don Cayetano Cardero se condujo con una longanimidad á toda prueba, entregándose por el contrario el general á actos mas propios de un energúmeno que de una autoridad que lucha para hacerse respetar, jugando con energía pero con prudencia, un lance desesperado. El hecho histórico, la incontrovertible verdad, no son otros que el haberse perpetrado el asesinato de Canterac interin exhortaba á la tropa á traerla al cumplimiento de su deber. El único punto que queda oscuro es el de si las balas que atravesaron el pecho del general partieron por mandato ó espontáneamente de los fusiles de la tropa, ó si procedieron de los grupos de milicianos y paisanos que habian penetrado en el patio de Correos. Como quiera que fuese, calificábase de imprudente ó de poco afortunado, el capitán general de Madrid fué en aquel día la voluntaria víctima de su acrisolado sentimiento del honor militar.

Despues de dejar tributado el homenaje de respeto á que tiene derecho la memoria de un noble extranjero, que entrado al servicio de España en sus mas tiernos años, habia llenado con lucimiento su carrera militar y conquistado en el Perú laureles que nunca le disputó la envidia de sus enemigos; precedente y lícito será observar que al jefe superior de una guarnicion en tiempos revueltos le está impuesto el estrecho deber de contar siempre con alguna fuerza de su entera confianza, sobre la fidelidad de cuyos oficiales y soldados pueda contar en los momentos de mayor apuro. De esto cuidaron siempre los caudillos precavidos, que como Mina, Zumalacárregui, Narvaez y O'Donnell jamás se encontraron solos, cuando tuvieron en frente una rebelion que reprimir.

De manos del cadáver aun caliente del capitán general, recogió Cardero el sable que le habia sido arrebatado, haciendo conducir la inanimada víctima del lúgubre drama á una de las piezas que daban al patio de Correos, cuyo edificio hizo evacuar por los paisanos y del que voluntariamente se retiraron no pocos de los curiosos que habian acudido y cuyo celo entibiaba el temor de las consecuencias de los hechos de que acababan de ser espectadores.

Quedado solo con los suyos en el edificio y no presentándose á unirsele los jefes y oficiales de la guarnicion que habian ofrecido secundar el movimiento, ni recibiendo tampoco aviso de que los urbanos, con la cooperacion de cuya mayoría creyó poder contar, diesen señales de responder al grito por él dado, comprendió Cardero que su aislamiento era completo, que la masa de la poblacion no respondia al llamamiento, y que no le quedaba otro partido que el de vender cara su vida y la de sus soldados.

Dos horas habian pasado despues de la toma del Principal sin que nadie se aproximase al teatro de tan extraordinario suceso, cuando vióse llegar solo y á caballo al general Bellido, gobernador de la plaza. Salíó Cardero á recibirlo, y oyó de labios de aquella autoridad que esta ignoraba cuanto habia ocurrido, no habiendo recibido aviso ni comunicacion alguna del capitán general respecto á las medidas que en la noche anterior habia ordenado. Calló Cardero la suerte que habia cabido á Canterac, y suplicó al general gobernador consintiese en ir á palacio á enterar á la Reina de las causas del movimiento, asegurando á S. M. de cuán profunda era la lealtad que hácia su augusta persona y la de su excelsa hija abrigaban los levantados. Ofreció Bellido que así lo haria, y se retiró recomendando se conservase el órden.

Instruido que fué Llauder de los sucesos y de la muerte de Canterac, se dirigió á palacio donde se reunieron los demás ministros, y tomadas las órdenes de la Reina, el de la Guerra montó á caballo, dispuso que el primer batallon de la milicia urbana se situase en la plazuela de la Villa y calle del Arenal, para cubrir las avenidas de palacio, poniéndose el general al frente de un batallon de la Guardia Real, de una compañía de cazadores de Saboya, de un piquete de coraceros, llevándose además los dos cañones de la guardia de palacio, con cuya fuerza marchó contra los sublevados. Otra columna iba en direccion de la Puerta del Sol. El general Bellido conducia una tercera, pronta á desembocar por la calle del Arenal, in-